

SEMINARIO SALESIANO

Ronda Don Bosco, 3

MADRID - 25



Madrid, 31 de julio de 1981

Queridos Hermanos:

Os comunico que el día 7 del presente volaba al Cielo nuestro Hermano Coadjutor

D. AGAPITO ROLDAN POZO

Contaba ochenta y cinco años, cuando un fallo cardíaco provocó su muerte sin apenas enfermedad alguna, ya que sólo había padecido de algunos resfriados; pero una vida tan larga y, sobre todo, tan llena, acabó con la resistencia de su corazón.

Es de imaginar la honda impresión que esta noticia produjo en todos, pues le teníamos como un verdadero tesoro. Al funeral y al entierro asistieron numerosos salesianos y amigos, a pesar de la época veraniega.

Don Agapito había nacido en Horcajo de Santiago, provincia de Cuenca, el día 24 de marzo de 1896. Sus padres, Eusebio y Juliana, supieron formar un hogar profundamente cristiano, bendecido por Dios con seis hijos, siendo nuestro don Agapito el más pequeño de los hermanos.

Cursó sus estudios en Horcajo y más tarde en los Colegios salesianos de Campello, Carabanchel y Valencia. En ésta haría los cursos de Magisterio en los años 1912 al 14, que completaría, ya salesiano, en Toledo en 1933.

Hizo el año de Noviciado en Carabanchel Alto en 1915-16, pasando al Colegio de «El Alta» de Santander a trabajar, como más tarde dejaría escrito, «pletórico de alegría, de trabajo y de ilusión». Allí permaneció seis años. Por causa de su salud fue destinado a Atocha, donde trabajó hasta la guerra. Terminada ésta fue a Salamanca, al Colegio de María Auxiliadora; y tras un nuevo año en Atocha, fue destinado con treinta y cinco salesianos más al Colegio de San Fernando, el año 1948.

Así describiría él, en febrero último, aquella no pequeña efemérides: «Recuerdo que el día 30 de junio salimos rumbo al Colegio treinta y seis salesianos, dispuestos a no fracasar y ayudar a los muchachos que estaban en ese, para nosotros desconocido, colegio de San Fernando de la Diputación de Madrid. Llegamos a las siete de la tarde. Junto a los treinta y cuatro pabellones nos encontramos una tanda de niños y jóvenes, desperdigados, y bastantes, los mayorcitos sobre todo, sentados en hileras, al igual que viejecitos cuando se cuentan su vida y los percances de la guerra. En lugar de entregárnoslos, tuvimos nosotros, recién llegados, que recogerlos y llevarlos al teatro, donde nos esperaban los señores de la Diputación. Era entonces Presidente el Excmo. Sr. Marqués de la Valdavia, que les dirigió unas palabras y los dejó en nuestras manos. Tuvimos que empezar de cero. Los chicos se encontraban medio abandonados, hambrientos, dados al pillaje, al robo, etc.

Después de treinta y dos años de permanencia en el Colegio, recibí de nuevo Obediencia para volver a mi querido Carabanchel. Y aquí estoy hasta que Dios quiera».

¿Cómo era nuestro don Agapito?

Si San Agustín llegó a decir, ante la definición de un término, que «si no me lo preguntan lo sé, pero si me lo preguntan no lo sé», ¿qué diremos nosotros ante el intento de querer descubrir aquella profunda vida espiritual, aquella santidad y rica personalidad de las que estuvo adornado nuestro don Agapito? Pues sencillamente, que esto supera nuestras propias categorías humanas y desborda nuestras posibilidades, porque hay realidades que se resisten a ser mensuradas con nuestros patrones habituales. Sólo Dios es capaz de medirlas. Conscientes, por ello, de nues-

tras limitaciones, intentaremos subrayar lo que modestamente creemos fueron los rasgos más sobresalientes en él y que mayor impacto hicieron en los que con él hemos convivido.

1. *Siempre habló bien de todos.* La máxima de San Francisco de Sales: «De los demás piensa bien o no pienses, juzga bien o no juzgues, habla bien o no hables» fue la norma de toda su vida. Don Agapito nunca habló mal de nadie, sólo se fijaba en su parte positiva. Para todos tuvo palabras de elogio. Era de una delicadeza exquisita: siempre atento y delicado con todos. Si dice la Sagrada Escritura que quien no peca con la lengua es hombre perfecto, ya podemos ver por ahí su talla espiritual. Y es que don Agapito, dada su armónica y gran personalidad, no fue de esas personas fracasadas que, por un misterioso dispositivo reactivo, necesitan destruir a los que hacen algo y sólo destruyendo se sienten realizados. Con razón decía Shakespeare que «desesperarse y criticar es para lo único que vale el que no vale para nada».

Don Agapito sabía que el auténtico amor era demostrar la propia valoración positiva de los demás, pues ahí se origina el propio sentido de autoaceptación, tan necesario para una buena salud psíquica.

Creo que este constante dominio de sí fue la cruz a la que quiso abrazarse, acompañándole toda la vida.

2. *Gran pedagogo y maestro.* Rasgo muy característico de don Agapito fue su gran amor a los niños y a los jóvenes. Era enormemente feliz en medio de ellos. No se concibe un don Agapito solitario o alejado de los chicos. Donde había muchachitos allí estaba don Agapito. Y donde estaba don Agapito allí acudían ellos. ¡Qué razón tenía Santa Teresa al decir que «amor saca amor» y San Juan de la Cruz cuando escribe «donde no hay amor pon amor y sacarás amor»!

Como gran pedagogo, se servía de pequeñas cosas y de máximas occurrentes para alcanzar los objetivos últimos de todo verdadero educador: lograr sembrar inquietudes y despertar el interés de los educandos por los auténticos valores humanos, morales y religiosos. Así lo describe don Agustín Septién, otro pionero educador, al conocer la muerte de este gran maestro: «Ha muerto don Agapito Roldán, el buen pedagogo, amante del sistema preventivo, piadoso y simpático, que ha vivido intensamente su larga vida salesiana «hecho todo para todos».

Cuando en la segunda República el Colegio de Atocha tuvo que funcionar, por motivos de todos conocidos, bajo el nombre de «Mutua Escolar Cervantes», don Agapito era el Director. A las puertas de las vacaciones del año 1934 escribía así

a los alumnos: «Mis queridos amigos: antes de partir de este Colegio, por tantos motivos amado por vosotros, quiero que llevéis un recuerdo del curso 1933-34». A este fin se ha encaminado la recopilación de las notas más salientes de la presente memoria. En vuestros ratos de ocio ojeadla, leedla y gozaréis, al ver reflejados en su lectura, aquellos buenos ratos pasados al lado de vuestros queridos compañeros y Profesores Me permito advertiros que en las vacaciones estáis dispensados de algunos de vuestros deberes, pero no de todos. No olvidéis que vuestro lema es seguir, debe ser, como en tiempo de curso, ESTUDIO, TRABAJO Y PIEDAD, pues según Saint Quay: «vacaciones en las que no se hace uno más amante de la NATURALEZA y de lo BELLO, son vacaciones perdidas o no son buenas».

Y en julio del año 1935 les decía: «Mis queridos amigos: Dejad que antes que partáis del Colegio, para vosotros tan querido, os dé un recuerdo que os sirva de guía, aliento y sostén en las vacaciones. San Francisco de Sales, al salir de su casa para ir a París, a seguir sus estudios, tomó como lema: «¡NO DEGENERARE!». Permitidme que, adueñándome de estas palabras, os diga: «¡NO DEGENEREIS!». Continuad practicando la «PIEDAD», el «ESTUDIO» y el «TRABAJO» y sean estos lemas las FLORES y los FRUTOS perennes del rosal de vuestro corazón».

Estos testimonios son dos verdaderas joyas históricas de un gran educador, que supo ser padre, maestro y amigo.

Todos recordamos aquellas estampas tan bonitas, viendo a don Agapito rodeado de chicos, «leyéndoles» en la palma de las manos sus años de vida o las asignaturas en las que más o menos sobresalían. A un primero le dirá: «Tú vivirás noventa años, pero cuando los cumplas no te olvides de escribirme una postal, ¿estamos?». «Sí, sí, don Agapito, así lo haré», respondía todo contento el agraciado. A un segundo le descubrirá: «Veo que te gusta mucho el dibujo y la lengua; en cambio, las «matracas» se te hacen un poco cuesta arriba, ¿verdad?». «Sí, sí, don Agapito, las «matracas» no las puedo ver ni pintadas, y dibujar me gusta mucho». A un tercero le diría lo contrario; pero al final todos coincidirían: «¡Don Agapito todo lo acierta!». Otras veces diría todo serio: «¿Sabéis amigos, que desde un tiempo a esta parte me está pasando algo raro?». «¿Qué le pasa, don Agapito?, ¿Qué le pasa?», le preguntan inquietos. «No sé qué me pasa, ¿sabéis?, pero el caso es que estoy notando que últimamente me gusta más el jamón que la cebolla». ¡Anda! también a mí, y a mí... contestaron casi todos a una, con el consiguiente regocijo. ¡Cuántos ratos de éstos, presente entre los chicos, haciéndose niño entre los niños para ganárselos a todos!

3. *Hombre trabajador y siempre disponible.* Don Agapito no era el clásico trabajador de las ocho horas diarias, sino que estaba siempre, como vulgarmente se dice, al pie del cañón. No conoció el breve descanso de después de la comida, ni siquiera en los últimos años de su vida.

Lo que recomendaba a sus alumnos era primero norma y exigencia en sí mismo. Sabía, como buen pedagogo, que las palabras mueven, pero sólo el ejemplo arrastra. Y es que la identificación no se produce tanto con las palabras o con las ideas expresadas por el educador, cuanto con las actitudes que frecuentemente le traicionan en su vida.

Así se expresaba, en el comienzo del curso escolar del año 1935, dirigiéndose a los 440 alumnos de la «Mutua Escolar Cervantes»: «El hombre ha nacido para trabajar como el pájaro para volar, dice Job. Volando el ave encuentra placer, halla alimento, cumple su destino. Sólo aquel que trabaja, descansa. El trabajo es paz íntima, salud, fuerza, esperanza, riqueza». Por eso él estaba siempre dispuesto, siempre abierto a todos. Y es que a don Agapito también le pasaba lo que ya notó San Francisco de Sales, cuando dijo: «Encuentro la palabra «No» tan ruda para el prójimo que no me atrevo a pronunciarla cuando se me pide algo razonable».

Don Bosco decía: «Quien pueda hacer mucho que haga mucho, quien pueda hacer poco que haga este poco». ¡Qué bien lo entendió don Agapito! Cuando ya su edad le impidió dedicarse a la enseñanza, él mismo se buscaría otras ocupaciones para seguir trabajando. Y así: los almacenes, las librerías, los jardines y las flores pasarían a estar bajo su dirección y cuidado.

Nunca se le oyó decir que estaba cansado, y no paraba en todo el día; o que aquello no era de su incumbencia. Don Agapito estaba en los antípodas de esas situaciones embarazosas de hoy que, en términos laborales, podríamos llamar «huelga de celo»: el «eso es tuyo, esto no me toca a mí». El espíritu del «vado io, lo faccio io», era carne de su vida. Y es que cuando hay un corazón que ama de verdad, obra por unas razones que a la mente humana le parecen estar fuera de toda lógica. ¿Cómo se puede comprender, si no, aquel «me gastaré y desgastaré para los demás?».

4. *Hombre sencillo y humilde, piadoso y amante de la Congregación.* Cuando en 1973 se le otorgó el premio provincial al profesor más distinguido, ante la pregunta: «¿qué opina usted de los homenajes?», respondería sencillamente: «Como salesiano, veo muy bien los homenajes, porque van en bien de la Congregación; ahora bien, como individuo particular y humano, me dan lo mismo». Y es que los santos saben hacer pequeñas las cosas grandes.

Creo que se puede aplicar a don Agapito aquello que dijera en otro tiempo Rabindranath Tagore: «Que yo haga de mi vida una cosa sencilla y recta, como una flauta de caña, que Tú puedes llenar de música». Porque don Agapito conservó siempre esa rectitud y sencillez de la flauta de bambú, siempre abierta a la acción del Espíritu, consiguiendo melodías de fina y alta espiritualidad, y desbordada siempre en generosa entrega hacia los demás. La vida de don Agapito fue sencillez y disponibilidad en las manos de Dios, a través de la Obediencia a sus Superiores en quien siempre veía a Dios.

Hombre de una fe profunda, tuvo siempre un gran respeto a la Regla y a quien encarnaba en las comunidades la figura de Don Bosco.

Don José Antonio Rico, miembro del Consejo Superior, sintetiza así su vida: «Don Agapito merecería una cierta biografía: el espíritu salesiano había prendido en él de manera profunda, y su larga vida, «realizándose» siempre en cualquier sitio, es un testimonio sin sombra y sin posibilidad de reducirse a coordenadas terrenistas. ¡Qué buen salesiano! ¡Qué buen Coadjutor! Siempre con los chicos, siempre alegre, siempre queriéndoles como Don Bosco; y siempre lleno de Dios, piadoso; con criterios de fe, que le venían espontáneos; con un amor a la Congregación declarado y hecho respeto, docilidad, disponibilidad, apoyo y consuelo. Ahora se nos ha ido, es natural. Yo me alegro que el último año de su vida lo haya pasado en el Aspirantado de Coadjutores: los aspirantes han conocido a un Coadjutor Santo; y lo recordarán y desde el Cielo os bendecirá».

5. Devoto y propagador de la devoción a María Auxiliadora.

Era encantador verle, caída ya la tarde, rodeado de chicos, rezando el Santo Rosario. Todos quedaban contagiados de su fervor y amor mariano.

Valiéndose de algunos familiares y bienhechores comprará una hermosa estatua de María Auxiliadora para su pueblo. Implantará la Archicofradía de María Auxiliadora con más de trescientos socios y hará que cinco capillas domiciliarias recorran más de ciento cincuenta familias de su pueblo. Pero esto aún le parecía poco. Y así todos los años, alrededor del 15 de agosto, se celebrará en Horcajo la fiesta de María Auxiliadora, siendo precedida de una solemne novena y finalizada con la Misa y la procesión de la imagen de María Auxiliadora. Don Agapito era el alma de todo ello, como recientemente nos refería don José Antonio García, paisano de nuestro don Agapito. El se encargaba de organizar la procesión, abriendo él mismo marcha con los niños de las Escuelas, rezando el Santo Rosario y cantando el «Rendidos a tus plantas». Si hoy existe en Horcajo la devoción a María Auxiliadora se debe al amor y celo de nuestro querido don Agapito.

Estos, creo, son los rasgos más característicos de nuestro buen don Agapito. No hay que olvidar que su delicadeza de trato, sus finos modales, la amena conversación y otros muchos detalles de su ingeniosa caridad le granjearon el cariño invaluable de todos los que tuvieron la suerte de compartir con él algunos ratos de su vida.

Ciertamente que el Señor habrá premiado pronto y con generosidad a su siervo bueno y fiel. Lo encomendamos, con todo, a vuestras oraciones.

Dios quiera que su ejemplaridad fructifique en nuevas y santas vocaciones de coadjutores que permitan un servicio continuado a los niños y a los jóvenes con su mismo espíritu, y a nosotros, salesianos, nos estimule a vivir unidos en la oración y en el entusiasmo por la misión salesiana.

Afmo. en Don Bosco

PORFIRIO VILLEGAS DIEZ

